

PARAJUANITO

REVISTA DE EDUCACIÓN POPULAR Y PEDAGOGÍAS CRÍTICAS

Segunda etapa / Año 8 / N°24 / Octubre 2021

**PAULO FREIRE,
UN NIÑO DE
100 AÑOS:
PEDAGOGÍA
SIEMPRE
NACIENTE**

**WALTER KOHAN
CARLOS SKLIAR
SILVIA VAISMAN
ISABELINO SIEDE
MARÍA BELÉN JANJETIC
HORACIO CÁRDENAS
MARTA MONTIEL
SERGIO ABEL KIPERSAIN**

**19S
DÍA DE LA EDUCACIÓN
POPULAR Y COMUNITARIA**

**NANO BALBO
MAESTRO DE MEMORIA
Y DE ESTA TIERRA**

>> 100 AÑOS DE PAULO FREIRE

**REFLEXIONES PARA LA EDUCACIÓN
DE NIÑOS Y NIÑAS EN EL MOMENTO ACTUAL**

**DAR
INFANCIA
A LA NIÑEZ
EN EL REINO DE
LA INCERTIDUMBRE**

>> Por Carlos Skliar (*)

FOTOGRAFÍAS: ANABELLA VELÁZQUEZ. CENTRO EDUCATIVO COMPLEMENTARIO "EL COLMENAR".

LA ESCENA CONGELADA

Objeto y sujeto de las industrias publicitarias, del entretenimiento y de las tecnologías en épocas de aceleración, exigencia de rendimiento y utilitarismo, la niñez se ha visto además enfrentada, durante la actual pandemia, por una triple novedad: la de tener que recluirse en su casa, si la tuviera; la de recibir allí una forma distinta de lo escolar y la de permanecer mucho más tiempo dentro de la mediación tecnológica, si dispusiera de ella. En síntesis: la experiencia de una diferente percepción del adentro y del afuera, un golpe de realidad absoluto, quizá un preaviso de la seriedad con la que deberá tomarse el cuidado del mundo y el cuidarse del mundo.

Lo cierto es que también ha tenido que convivir en medio de un lenguaje y una conversación adultos, una sensación que bien puede parecerse a aquella del personaje de *Marcas de nacimiento* de Nancy Houston (2006), quien prefiere no escuchar el habla de los mayores y protegerse de esa forma errática y tensa de los adultos al referirse a sus tribulaciones: “Su tono suena a problemas y más problemas, así que dejo que las palabras tomen forma allá arriba, a la altura de la boca de los adultos, mientras yo me quedo cerca del suelo y observo los miles de pies que pasan apresurados en todas direcciones”.

La atmósfera de época que se vivía antes de la pandemia dividía peligrosamente a la niñez entre la carencia y sobre-abundancia o, para mejor decir, creaba una partición del mundo en que todas las vidas estaban definidas a partir de la potencia o impotencia para la acumulación de bienes. Como si hubiera una niñez en estado de gracia y otra, bien distinta, en estado de desgracia, como si una vez más predominase el relato naturalista de la buena o mala suerte, como si ya no existiese un tiempo de infancia en el tiempo de la niñez.

Puede parecer un contrasentido o una expresión todavía mal formulada, pero habría que pensar que **la educación consiste en dar infancia a la niñez y a**

la humanidad. Esto quiere decir, ni más ni menos, hacer de la infancia el único tiempo no-utilitarista que la niñez y la humanidad pudieran habitar, a riesgo de que luego todo sea demasiado tarde.

Disponer de un tiempo liberado fuera de la habitual monotonía del trabajo, de la exigencia adaptativa y del esfuerzo agotador, pareciera ser la más acabada descripción de esa temporalidad llamada infancia: estar en un instante en que nada pueda ser pensado como tardío o como irremediamente perdido, la ficción de lo posible.

Hay aquí un guiño más que evidente a ese magnífico texto de Bruno Schulz, *Madurar hacia la infancia* (2008), donde se reivindica la inmadurez existencial y creativa, haciendo de la vida un permanente batallar para alcanzar el punto máximo de inventiva y, entonces, desde allí mismo, comenzar a madurar. Siguiendo sus palabras: se madura, pues, hacia la infancia pero no como un remedio a la mala adultez, la falta de lo perdido y ya nunca más hallado, la melancolía de lo que pudo ser y no fue, ni como una compensación regresiva que atempere los malos tiempos.

ESCUCHAR LA NIÑEZ, ESCUCHAR LA INFANCIA

“Aprendí a sumar, a multiplicar. Aprendí a extrañar”, escribió un niño pequeño en su cuaderno para responder al interrogante planteado a distancia por su maestra. “Aprendí que prefiero la escuela en la escuela y no en mi casa”, registró una niña en el WhatsApp de su clase. “Aprendí que hay que cuidarnos para que pueda volver a ver a mis amigas de la escuela y a todos los que todavía no son mis amigos”, dijo una niña de 12 años en un Zoom de su colegio.

Claro está que hubo y que hay que escuchar mucho más a la niñez en este tiempo incierto, por supuesto, pero no bajo la bruma de un lenguaje jurídico o técnico o textual, sino en un plano igualitario, ya que pareciera ser una de las

Puede parecer un contrasentido o una expresión todavía mal formulada, pero habría que pensar que la educación consiste en dar infancia a la niñez y a la humanidad.



claves del presente y futuro reencuentro en las escuelas: la cuestión no es tanto la acumulación de testimonios sueltos, sino el gesto de la conversación, olvidado o perimido o puesto bajo condiciones experimentales del diálogo, es decir, qué hacer con lo escuchado para darle sostén, continuidad, duración, espesura; cuáles preguntas valen la pena que sigan siendo preguntas, y qué se transforma en la actividad común de lo escolar.

Cuando un niño pequeño describe que no puede estudiar en su casa porque su padre necesita los datos del teléfono para trabajar, cuando una niña apostada en una ventana siente y piensa –y escribe– que el mundo continúa de algún modo pero su vida no, cuando una niña le pregunta a su maestra si es de verdad o de papel: ¿son apenas frases sueltas, testimonios que se toman como anécdotas provisionarias, frases enunciadas desde los márgenes que pueden provocar sorpresa, complicidad o dolor, y que enseguida se olvidarán? ¿O son el centro mismo de una conversación que insta a reinventar la educación?

Escuchar a niñas y niños nada tiene que ver con descubrir o describir un pensamiento ingenuo o una lengua precaria; muy por el contrario, y sin idealizar ni romantizar sus voces, se vuelve aquello que debería rehacer el lenguaje y el hacer educativo. Porque esa voz expresa no solo la infancia de la niñez sino de la humanidad, o de una cierta humanidad, aquel lugar en que el lenguaje todavía no está acabado –en el sentido normalizador del término– y su duración supone la invención, la creación, la metáfora, la corporalidad, el juego, el arte, en fin, la filosofía del instante.

Habría que distinguir cuidadosamente la niñez de la infancia: por una parte la duración de un tiempo cronológico, de un ciclo, un pasaje, que transcurre en los primeros años de vida y que culmina, de acuerdo a variaciones culturales y sociales, en el pasaje a la adolescencia; por otra parte, una particular experiencia del tiempo, en el tiempo, con el tiempo, cuya duración es inmedible a no ser en

términos de intensidad e instante, que algunos viven durante la niñez –pero no todos–, que otros no viven nunca, que otros la vivirán más tarde y otros que, en fin, vivirán toda la vida.

Infancia, así, no denota una edad, sino una relación especial en la que el tiempo parece liberarse de su carácter únicamente cronológico y tirano, en que predomina el deseo de ficción por sobre la obstinada necesidad de realidad, el desprendimiento del utilitarismo y el provecho de los objetos, y la equivocación poética de la lengua donde predominaría lo perceptivo por sobre lo conceptual.

Sobre esa experiencia temporal singular habría algo más para decir: las culturas occidentales actuales tienden a pensar la infancia como sinónimo de niñez, y a la niñez como un objeto de atención cada vez más temprano para futuras inclusiones en lógica del derecho y en el mercado de trabajo. Sin embargo, la niñez en estado de infancia puede perder el tiempo en asuntos inútiles y en divagaciones sin provecho. Eso es lo que se espera de ella y eso mismo es lo que deberíamos ofrecer o posibilitar o, al menos, no impedir.

De la infancia del hombre –y de la historia– a la infancia de la niñez hay un largo y difícil recorrido del pensamiento filosófico que no conduce necesariamente a una fácil transparencia. La palabra infancia, del latín *infantia*, no expresa únicamente la incapacidad de hablar como habitualmente se entiende, ya que si bien el verbo *fari* designa la propiedad del habla, lo hace en el sentido de una posible inteligibilidad para los demás, de tal forma que en ese significado particular la referencia es a un habla que debe ser discernible para otros.

Pero los niños y la infancia no hablan únicamente para ser comprendidos. Como dice Walter Kohan, infante es quien: "(...) No habla todo, no piensa todo, no sabe todo. Aquel que (...) no piensa lo que todo el mundo piensa, no sabe lo que todo el mundo sabe, no habla lo que todo el mundo habla. Aquel que no piensa lo que ya fue pensado (...)"



Si la infancia es todo aquello que no habla, lo que ya fue hablado o pensado es, en primer lugar, porque **el lenguaje en-infancia tiene que ver con sostener la invención**, no para clausurarlo. Segundo, porque las preguntas y las respuestas no tienen que ver con la eficiencia de las partes en un diálogo sino con la imaginación que la hace perder más allá de sus límites materiales. Tercero, porque todos los asuntos son interesantes si la conversación no es una trampa para juzgar conocimientos. Cuarto, porque el mundo es para la infancia un conglomerado indistinto e indisoluble de naturaleza y cultura. Quinto, porque las explicaciones de los adultos hacen del mundo un universo material, estricto y estrecho, mientras que las argumentaciones de los niños en estado de infancia lo conservan aún en estado mítico, espiritual, poético. Sexto, porque la voz de la infancia es una voz entrañable, que piensa más desde la corporalidad de los sentidos que la celeridad de los conceptos.

INFANCIA Y COMUNIDAD EDUCATIVA

¿A qué se llamaría, entonces, una buena comunidad para escuchar a la infancia? A aquella experiencia que intenta, a veces serena y otras desesperadamente, hacer coincidir la infancia con la niñez

y que esa coincidencia o transparencia ya no se desamarre jamás en la vida: sostener el hábito de la invención, ofrecer tiempo libre, mirar las acciones de los niños sin juzgarlas como apropiadas o inapropiadas, valorar la desatención, el desatino, crear pausas, alejarse de las formas abusivas de la normalidad y crear atmósferas de igualdad y de conversación. A aquella experiencia que permite ir hacia la infancia todo el tiempo que fuera posible, dándoles tiempos a los niños para que puedan conversar entre sí y con otros, fuera de la regulación del conocimiento abrumador de las leyes del mundo o con otra relación con esas leyes, donde el saber y el sabor no se opongan, se proteja la vida de ese lenguaje a flor de piel y esa piel a flor de lenguaje, y se puedan pronunciar todas aquellas cosas que todavía no tienen nombre: “Las cosas que no tienen nombre son más pronunciadas por los niños”, escribió Manoel de Barros.

Tenía razón Schulz en advertir, en los infernales tiempos de cólera y de guerra, que lo que podría salvarnos –si de salvación se tratara– sería una idea de infancia completamente distinta: un modo artístico de estar en el mundo, **la infancia como la experiencia de una inexperiencia que nos acompañará toda la vida**, la presencia de una cierta sabiduría venida de otra parte que nadie logra nunca descifrar. |■|

Escuchar a niñas y niños nada tiene que ver con descubrir o describir un pensamiento ingenuo o una lengua precaria; muy por el contrario, y sin idealizar ni romantizar sus voces, se vuelve aquello que debería rehacer el lenguaje y el hacer educativo.

(*) Carlos Skliar

Doctor en fonoaudiología. Investigador del CONICET. Profesor de FLACSO. Escritor de libros, ensayos, artículos.